ECUADOR.

EL TELEGRAMA.

DIARIO PROGRESISTA.

VALOR DEL NUMERO, DOS CENTAVOS.

AÑO I. | *Quito, jueves 8 de Agosto de 1889.* | Nº 44.

"EL TELEGRAMA"

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, PRONUNCIADO EL 24 DE JULIO DE 1889 EN LA INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE BOLIVAR EN GUAYAQUIL.

Conciudadanos del Guayas:

Quisisteis que viniese á unir mis sentimientos con los vuestros, en honra de nuestro Padre; y nada me detuvo, ni la solución urgente de los más arduos problemas internacionales y rentísticos, que registra nuestra historia, como son el de límites con el Perú y el de la sustitución del Diezmo, para la cual reuníanse en Quito, procedentes de los opuestos confines de la República, dignísimos Prelados, ni la sentida ausencia del eminente Jefe de nuestro Gabinete; ni, en fin, graves consideraciones de diverso género. Entre varios deberes, yo debía atender al más sagrado, el del reconocimiento. ¿Cómo podía, además, no acudir á vuestro llamamiento desde las faldas del Pichincha, por quien acudió á él desde las del Avila y desde el Orinoco? Sólo que Bolívar tuvo que abrirse paso arrollando agerridas legiones, mientras que yo no he encontrado en el mío sino las de pacíficos trabajadores, destinados, en mayor número que *nunca, á las vías de comunicación entre el Interior* y la Costa, primera de las necesidades del país. Bolívar se presentó ceñido de los laureles de la guerra y en pos de otros triunfos bélicos; yo vengo con la oliva de la paz y en busca unicamente de nuevas conquistas de la paz. Esta paz, esta anhelada paz, Vos también, ¡Oh Gran Libertador! que preferisteis á tan glorioso título el de "buen ciudadano", vos también la buscásteis inútilmente, por premio de vuestras hazañas y fatigas; y vengo á ofrendárosla como *girnalda de vuestro natalicio en el pedestal de* vuestra estatua. Vengo asimismo á ofreceros el desidido empeño del Gobierno y de todos los hombres de buena voluntad por esa unión que nos enseñásteis, so pena de ser devorados por la anarquía; testamento político del nuevo César, del César sin ambición, y que debemos ejecutar como los romanos el del antiguo César, cuya voluntad fué ley para ellos durante siglos. Tales son mis últimos títulos para osar presentarme ante Vos, en el puesto donde vuestra gloria brilló con tanto esplendor. Yo os digo: "Libertador y Padre, ved al pueblo que emancipasteis con vuestra espada y quisisteis hacer feliz con vuestras virtudes. Vedle y preguntadle *si hay un solo ciudadano que no sea* libre según la ley, y si hay uno solo que lleve luto por mi causa ó llore el destierro ó persecución de alguien". Por eso comparezco ante vos, *Juez y Señor, con la frente serena y la* conciencia tranquila. Al depositar ahora á vuestras plantas esta corona, prenda de heredados afectos que nacieron y morirán conmigo, cumplo con un deber de gratitud nacional á la par que de filial piedad; porque no es sólo aquí el Magistrado quien desempeña una función anexa á su cargo; es el hijo del amigo y Teniente de Bolívar, que ejecuta la voluntad paterna de tributar honores siempre y en todas *ocasiones al Redentor de cinco Estados.*

Desde los albores de nuestra Independencia la historia del país es la de sus testimonios de amor y reconocimiento al Libertador.

Apenas comienzan las saetas de la ingratitud á herir esa grande alma, cuando nuestra patria, por el órgano de sus más conspícuos ciudadanos, invita á Bolívar, en la manifestación de Quito del 27 de marzo de 1830, una de las olvidadas glorias del Ecuador, "á venir á vivir en nuestros corazones, á recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben el Genio de América, á tomar, en fin, asiento en la cima del soberbio Chimborazo, donde no alcanzan los tiros de la maledicencia."

Moralmente asesinado Bolívar por el puñal parricida del 25 de setiembre, sucumbía más á las dolencias del espíritu que á las del cuerpo, cuando el Ecuador, por medio de su Jefe, lleva nuevamente consuelos al ulcerado corazón del héroe, cuya expresión elocuente de reconocimiento al morir, grabada se halla en los bronces de la historia.

Pasó el grande Americano, y la nueva República del Sur honró como ninguna su memoria grata. Llega, al fin, la hora de la reparación, *y apresúrase el Ecuador á mandar* sus representantes á Santa Marta para la exhumación de los venerandos restos, sin que le arredren deletéreos climas, á los que en poco estuvo pagara su tributo el más jovende nuestros enviados, hijo mayor del Jefe de la Nación.

Eleva la gratitud del noble pueblo peruano en Lima un monumento como éste, y elévase también el eco de la nuestra por medio de ese mismo antiguo Presidente del Ecuador.

Hoy la Patria del Cantor de Junín rinde nue*vo homenaje al vencedor de Junín, como si no* bastara el de la Oda inmortal del moderno Píndaro, y erígele esta preciada obra de arte, última por su fecha, mas no por su primor y grandiosidad.

En este histórico sitio donde los dos legendarios guerreros, partiendo de entrambas extremidades del Continente austral, vinieron á trazar el plan de la emancipación del Imperio de los Incas, y donde la espada de Chacabuco y Maipu se inclinó ante la de Carahobo y Boyacá, como la sola capaz de romper la de Baylén; aquí donde Bolívar recibió el más alto homenaje que un héroe puede tributar á otro héroe; aquí donde el genio del hombre evocó en *la tierra del Sol, el Sol de la libertad, los hijos*

de la libertad debían postrarse á venerar aquel genio.

Es lo que hace Gueyaquil con esta fiesta cívica, nueva página de oro que escribe en los fastos de la América independiente.

Y allá, en la ciudad eterna, al pie del Sacro Monte, donde al joven Bolívar, inspirándose en las grandes sombras de Scévola y de Curcio, se ofreció en holocausto, como estos mártires de la abnegación romana, por la redención de la patria: allí debía el inspirado cincel, émulo del de Tenerani, animar este bronce y confundir en él los resplandores rivales del Genio de Colombia y de la patria de Miguel Angel. Pero el más excelso monumento, ciudadanos, para el que creó la República, es la República misma; la República de Unión, de Libertad y Orden que concibió su mente. Esforcémonos todos á porfía, compatriotas, en ofrendarle esa corona, hoy la única digna de su gloria; y entonces podremos exclamar con legítimo orgullo.

¡Viva Bolívar!
¡Viva la Unión!
¡Viva la República!

(De "La Nación" del 26 de julio de 1889).

DISCURSO

del Sr. General Don Francisco J. Salazar Presidente del Comité de la Estatua de BOLIVAR.

Señores:

Hace diez y siete años que los bomberos de la Compañía Salamandra, fijos los ojos en cierto punto del horizonte de América, cargado de nubes vaporosas, amontonadas sobre él por la infame ingratitud, vieron enternecidos, al través de ellas, los brillantes arreboles de gloria imperecedera, con que dejó iluminados los ámbitos celestes, al hundirse en el ocaso de la vida, el inmortal Simón Bolívar, y juraron entusiasmados erigir en nuestra patria, aquí en el corazon de esta ciudad nobilísima, un monumento de eterno homenaje á la memoria del héroe sin rival.

Pero, ¿con qué medios contaban esos jóvenes patricios para llevar á ejecución tamaña empresa? Con los mismos de que disponía el joven Bolívar cuando, en la cima del monte Aventino, juró luchar sin tregua ni descanso con el poder colosal que tenía puesta la férrea planta, con orgulloso desdén, sobre la *cerviz de la hermosa hija de Colón*, caída de su áureo trono, cautiva y gemebunda, hasta que recobrase la perdida independencia y tomase asiento entre las naciones civilizadas, á las que proteje con su ejida el ángel de la libertad. ¿Cuáles fueron, pues, esos recursos? ¡Ah Señores: bien lo sabeis! no fueron otros que el amor á la *justicia y el sublime patriotismo*, rayo del cielo para abatir el mal, soplo creador y vivificante para producir el bien.

Con efecto, cuando el Comité encargado por los patriotas de la "Salamandra" de arbitrar los medios necesarios para convertir su noble pensamiento en hermosa realidad, se instaló modestamente en un *rincón solitario de la entonces* vetusta casa de la Gobernación, pareció, á no pocos, que iban á perderse en el vacío los esfuerzos del patriotismo, para coronar una empresa de suyo costosa y sin precedentes entre nosotros, acostumbrados á dar en honor de nuestros bienhechores pomposos decretos que dejamos caer al siguiente día, por indolencia punible, en el abismo del olvido, hermano de la nada.

Y si nó, decidme ¿dónde está el monumento que la gratitud de nuestros padres acordó se erigiese á Bolívar en el campo de batalla de Pichincha, llamándole con justicia ángel de la paz y de la libertad colombiana? "Esa sangre de los vencedores de Pichincha, dice la historia con amargura, en luctuosa página, ese campo de victoria tan decisiva está cubierto, más que con malas hierbas, con el ingrato lodo del olvido." Razón tenían, pues, los que desconfiaban de que llegase este solemne día de apoteosis reparadora. Mas ya lo véis: este pueblo generoso de Guayaquil, que brilla en la inmensa costa del mar Pacífico como radiante faro de libertad y de progreso, ha vuelto por la honra nacional, puesto que sin contar con los montones de oro que los legisladores de la gran República del Norte invirtieron en la construcción de un soberbio monumento dedicado á Washington en la ciudad que lleva su nombre, acometió su ardua empresa con maravilloso denuedo. La idea por él concebida atraviesa los mares en aras del entusiasmo patrio é ilumina con los resplandores de la inspiración la mente del artista, que va á expresarla á fuerza de genio y de trabajo en glorioso monumento de eterna gratitud.

¿Lo dudáis?

Fijad los ojos en las orillas del viejo Tíber agobiado con el peso abrumador de la gloria, de los crímenes y de las miserias de la antigüedad. Ved allí cómo en honda escavación se derrama en torrentes de fuego el líquido metal, y queda, á su pesar, aprisionado y candente en las cavidades artísticas de endurecido barro: mirad en torno suyo á los obreros empeñados en la faena, cubiertos de sudor, desnudos los brazos, el rostro tostado por el reflejo de las llamas y el carazón palpitante entre la esperanza y el temor. El indómito metal, si en algo se falta á la recta aplicación del arte de fundir, en vez de aparecer en la forma sublime que se ha querido darle, puede vencer la resistencia de las paredes que le oprimen y esparcirse por el aire en rayos y centellas causando en derredor le destrucción y la muerte. Pero no: Dios proteje á los que están al servicio de las nobles empresas: ya caen á pedazos al redoblado golpe del martillo, los muros de la cárcel en que el genio había encerrado á la materia rebelde, hasta obligarla á someterse al imperio de su decidida voluntad, y en medio de los estruendosos aplausos de los circunstantes, aparece el compacto y reluciente bronce, acabada y perfecta, la obra inmortal de la gratitud albergada en el magnánimo corazón de todo un pueblo.

Mas la bróncea mole, todavía medio soterrada en su humeante concavidad, no es, Señores, la campana de San Pablo de Londres, cuyo sonido es oído por mayor número de séres humanos que los que alcanzan á distinguir los bramidos del Etna y del Vesubio. Ni es tampoco la colosal efigie que, asentada en una de las plazas de la Gran Metrópoli del mundo civilizado, sobre una columna formada por los trofeos de la conquista, representa al genio pavorosamente sublime que, surgiendo de las ondas del Mediterráneo, atravesó el espacio, como un meteoro, y rodeado de siniesta gloria conmovió la tierra, despidió centellantes rayos que fueron á estallar en la cabeza de los reyes, volcó los tronos, asfixió la libertad, convirtió á la Europa en un mar de revuelta sangre, hasta que herido de muerte en Warterloo por la diestra de Dios, *fué á sepultarse allá en medio de las soledades* del océano, estremeciendo al mundo con el fra-

gar de su caída. No, Señores, ese bronce con que habéis querido legar á las generaciones venideras el testimonio imperecedero de un voto de justicia y de agradecimiento, es la estatua de un bienhechor de la humanidad, del perínclito soldado de la libertad, del que "realizó la esperanza de la Europa liberal", cuando presentando á los millones de séres esparcidos sobre la haz de la tierra, en destrozados fragmentos, las cadenas con que la soberbia y la codicia de reyes absolutos tenían esclavizada la América, les dijo: "Hela aquí, era esclava y es libre": es la efigie del genio sublime que al recorrer en su caballo de batalla el inmenso espacio que media entre las ardientes playas del Orinoco y la helada región del Potosí, al par que fulminaba en su diestra su espada vencedora, iba dejando caer de sus labios en los campos abrasados por el fuego de los combates, como lluvia de benéfico rocío, máximas inmortales de justicia, de libertad y de buen gobierno; es finalmente la estatua del héroe sin segundo que al terminar su carrera, no como Napoleón en el eclipse total de Waterloo, sino en la grandiosa apoteosis de Ayacucho, apareció encumbrado en lo más alto de la gloria cívica y marcial, señalando con el dedo en el límpido cielo de América, una hermosa constelación de cinco rutilantes estrellas, cuyos rayos más esplendorosos, se llaman Cúcuta, Niquitao, Horcones, Taguanes, Arraure, Victoria, Apure Gamesa, Vargas, Boyacá, Carabobo, Ibarra, Bomboná, Pichincha, Junín, y Ayacucho.

Ni podía ser de otro modo: el pueblo del Nueve de Octubre de 1820 no era capaz de levantar tan grandioso monumento sino al invicto adalid de la Independencia, al egregio repúblico sud-americano, al primer ciudadano de la heroica Colombia, á nuestro libertador SIMÓN BOLÍVAR. ¡Ah! y qué bien está aquí á las orillas de este río la estatua ecuestre que le representa! Sí, Señores, porque Guayaquil, antes pequeño puerto, cuyas casas blancas y ligeras se asemejaban á un grupo de gaviotas escondidas entre tamarindos y palmeras, y hoy extensa y floreciente ciudad, es el lugar en que se efectuó aquel inolvidable abrazo entre Bolívar, torbellino de fuego celeste, que así derretía las cadenas de la esclavitud, como hacía brotar de la tierra mil y mil héroes legendarios que iban llevando la Libertad sobre sus hombros á los campos del honor y de la gloria; y San Martín, el gigante de los Andes, elevado y severo como ellos, que escalando sus nieves sempiternas descendió en avalancha á las llanuras de Chile y hundió, para siempre en los abismos de la nada á las huestes opresoras de la humanidad, en las comarcas dominadas por el Aconcagua, rival del Chimborazo!

Guayaquil fué la ciudad privilegiada en que el bardo inmortal nacido en su seno y destinado á cantar más tarde en homéricas estrofas la espléndida victoria de Junín, presentándose al héroe cuya cuna se meció en las faldas del Avila, le pidió como mensajero de la patria de Manco-Cápac, con el imperioso acento de la inspiración, que pasase á libertar al Perú como había libertado á Colombia. Escuchad, Señores: las linfas de este río retienen todavía las elocuentes palabras del vate y la magnífica contestación del gran caudillo. "Sois, le dice, el vengador de la América y debéis volar á la defensa y la venganza del Perú.....todos los ojos, todos los votos se convierten naturalmente á vos.....Romped, pues, todos los lazos que os retienen lejos del campo de batalla. Después de la revolución de tantos siglos, parece que los oráculos han vuelto á predecir que tantos pueblos confederados en una nueva Asia, por la venganza común, en ninguna manera podrán vencer sin Aquiles. Ceded al torrente que quizá por última vez os arrebata á nuevas glorias:"

Oíd ahora la respuesta del héroe: "Mucho tiempo ha que mi corazón me impele hacia el Perú; mucho tiempo ha que los más valientes guerreros de toda la América colman la medida de mi gloria, llamándome á su lado; pero yo no he podido vencer la voz del deber que me ha detenido en las playas de Colombia. He implorado el permiso de emplear mi espada en servicio de mis hermanos del Sur: esta gracia no me ha venido aún. Yo me desespero en esta inacción: cuando las tropas de Colombia están entre los peligros y la gloria....y ¡yo lejos de ellas!"

"Señor: Yo ansío por ir al Perú: mi buena suerte me promete que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los incas y el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar hasta que el Nuevo Mundo haya arrojado á los mares todos sus opresores."

Ahora bien: figuraos que el campo de la Grecia coligado contra Troya se llame Perú; Olmedo, Ulises; Bolívar, Aquiles, y Guayaquil el campamento de los Mirmidones, y veréis como se ha efectuado en la epopeya de la libertad americana la patética escena de la embajada del hijo de Laertes, real ó figurada por el genio de Homero. El Perú, en efecto, se hallaba como la Grecia al borde del abismo, agitado con la duda cruel de si vendría ó nó á socorrerlo el único guerrero capaz de salvarle y de "detener con su potente brazo el curso del destino" ensañado contra él. Pero Aquiles era detenido en su tienda por el furor de la venganza, mientras que Bolívar lo era por su acatamiento á la ley. ¡Oh! y cuán superior se muestra en esto el primero de los colombianos al primero de los aqueos! Así es como el suceso histórico acaecido en Guayaquil es mucho más grandioso y dramático que el nacido de la mente del poeta laureado por los siglos.

En Guayaquil pasó, así mismo, otra escena digna de eterna conmemoración, que el viajero instruido en la historia de nuestra patria no dejará de recordar á la vista de la estatua del héroe en ademán de saludar al pueblo generoso que es el primero en que flota el iris de Colombia si se viene del Sur: Bolívar había recorrido de triunfo en triunfo el suelo de los Incas hasta llegar á trepar el renombrado monte que desde las soledades de los Andes había inundado á España con sus riquezas. Allí en la elevada cima prorrumpió en esas palabras sublimes que los ecos de nuestras montañas no cesarán de repetir mientras decoren la tierra americana como atalayas gigantescos de nuestra Independencia y libertad. Permitidme, Señores, os lo ruego, traerlas á vuestra memoria una vez que en este momento estamos rindiendo el culto de admiración por mil y mil títulos debido á quien las pronunció.

"Venimos, dijo, venciendo desde las costas del Atlántico y en una lucha de quince años hemos derrocado el edificio de la tiranía formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. Las miseras reliquias de los señores de este mundo estaban destinadas á la más degradante esclavitud. ¿Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos á sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo? En

cuanto á mí, de pié sobre esta mole de plata que se llama Potosí, cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de la España, no estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco para fijarlo aquí en el pié de esta montaña cuyo seno es el asombro y la envidia del Universo." Pues bien, Señores. Este hombre extraordinario, más rico en gloria, que lo es en precioso metal el encumbrado Potosí, al regresar á su adorada patria, después de dar al Perú, "vida, libertad y paz", aparece en Guayaquil como inerme ciudadano, y, dirigiéndose á sus hermanos, entre quienes comienza á levantar la cabeza la furia de la discordia, en una proclama digna de su elevado espíritu, dirigida á Colombia, como víctima pronta á sacrificarse en aras de la unión: "el grito de vuestra discordia, dijo, (desde esta margen del Guayas) penetró mis oídos en la capital del Perú y he venido á traeros una rama de oliva. Aceptadla como el arca de salud. ¿Qué? faltan ya enemigos á Colombia? . y aun cuando la tierra entera fuera nuestra aliada deberíamos permanecer sumisos esclavos de las leyes y estrechados por la violencia de nuestro amor. Os ofrezco de nuevo mis servicios, servicios de un hermano. Yo no quiero saber quién ha faltado.. Os llevo un ósculo común y dos brazos para uniros en mi seno.. En vuestra contienda no hay más que un culpable, yo lo soy. No he venido á tiempo...Me presento para víctima de vuestros sacrificios.

Descargad sobre mí vuestros golpes; me serán gratos si satisfacen vuestros enconos. Colombianos: piso el suelo de la patria: que cese, pues, el escándalo de vuestros ultrajes, el delito de vuestra desunión: todos seamos colombianos ó la muerte cubrirá los desiertos de la anarquía."

Decidme ahora, Señores, si estas conmovedoras frases de amor y resignación, pronunciadas por el hijo mimado de la libertad, al presentarse en medio de vosotros, coronada la sien con los laureles de Junín y Ayacucho. y llevando sobre su noble pecho, lo que él consideró como "la corona de las recompensas humanas" (una medalla de Washington victorioso presentada nada menos que por Lafayete,) decidme, repito, si todo esto no forma otro de los eslabones de oro, que unen estrechamente la cima de Olmedo con la veneranda memoria del Washington del Sur:

Más todavía: y perdonadme si en medio de esta solemne fiesta vengo á mezclar en la copa rebosante de justo regocijo que estamos saboreando una gota de acíbar desprendida de un recuerdo doloroso. Guayaquil fué el sitio en que el Libertador, si bien confortado por el ferviente entusiasmo con que le recibieron nuestros mayores en 1829, sintió apoderarse de su alma congoja mortal al verse él, Bolívar, colmado de injurias y vituperios, y herido por las saetas de la calumnia disparadas, no por sus enemigos los españoles, sino ¡oh verguenza! por los mismos á quienes de esclavos que eran, hizo ciudadanos; por los mismos á quienes el esfuerzo de su genio, de humildes pastores tornó en héroes inmortales. Vais á verlo, Señores. Escribiendo el Héroe en esta ciudad y por este mismo tiempo, (entre fines de julio, y principio de agosto), á varias personas que le eran muy adictas, les hizo comprender en lacónicas frases con la impaciencia del dolor, el océano de amargura en que se ahogaba su noble corazón."

"Debe U. considerarme, decía á uno de ellos, bastante sentido con el chasco que he llevado, pues habiendo combatido por la libertad y la Gloria me llaman tirano y me recompensan con vituperios. Toda la América resuena en declamaciones contra mí; quedábame la esperanza de que la Europa me hiciera justicia; pero ahora me ha burlado ésta con el desengaño que acabo de recibir del Sr. Constant.....Me queda un consuelo, mi resperado amigo; este consuelo es U. mismo. El Coronel Wilson está bien instruído de los hechos históricos, de los que le ruego á U. se sirva para comunicarlos por la imprenta, y este servicio es de la mayor importancia para quien *no tiene otra vida que la que recibe de la estimación de los demás hombres.*

"Yo he combatido por la Libertad y por la Gloria, repetía á otro; de consiguiente juzgarme tirano y con ignominia, es el colmo de la pena.

"Ahora, crecerán en superlativo grado, las detracciones, las calumnias, y todas las furias; escribía al General O'Leary, Me parece que veo desatarse todo el infierno en abominaciones contra mí. Sólo me consuela la esperanza de que U. y Wilson me defiendan. Le ruego, pues, que lo haga y le encargue lo mismo al Coronel Wilson".

(Concluirá)

AVISO.

Historia de la América Central

Desde los primeros tiempos hasta nuestro época.

POR HUBERTO HOWE BANCROFT

Completa en tres tomos, la historia de cinco repúblicas por cuatro siglos. Temprana fundación de la historia Americana. De conmovedor interés! Se lee como un romance!

Se Necesitan Agentes En todas partes. Todo Americano querrá poseer esta obra, que por primera vez se ofrece ahora, separada de la série entera de las obras históricas del Sr. Bancroft en 39 tomos. Ninguna biblioteca, pública ni particular, puede estar completa sin esta primera obra de la Historia Americana. Está llena de fascinación; repleta de brillantes episodios; nos habla de la primera vez que se atravesó el Mar de las Tinieblas, de la conquista del país, de la vida de Vasco Núñez de Balboa y de su descubrimiento del Océano Pacífico, de las aventuras de los Bucaneros, de comunicación interoceánica, y de millares de otras cosas de mayor interés é importancia.

Los agentes laboriosos y activos que se aseguren inmediatamente un territorio exclusivo para sí, podrán emprender una tarea que les producirá

Desde $ 500 hasta $ 1.000

pues miles de personas han pedido ya esta obra separada de la serie completa, á lo cual nos ha sido posible acceder por la primera vez.

No se necesita experiencia ni capital en este negocio, pues esta obra, debidamente presentada, se recomienda por sí misma, y damos á nuestros agentes treinta días de plazo para hacer sus entregas y cobranzas antes de pagarnos.

Diríjanse á

THE HISTORY CO., 723 Market St.

IMPRENTA DEL GOBIERNO.